

Los irresponsables

Una historia
real de poder,
codicia y falso
idealismo



«Terriblemente divertido e impactante. Y espantoso
en su retrato de una de las empresas más poderosas
del mundo.» *The New York Times*

**Sarah Wynn-
Williams**

PENÍNSULA

Los irresponsables

Una historia de poder, codicia y falso idealismo

Sarah Wynn-Williams

Traducción de Gemma Deza Guil y Ana Camallonga

Título original: *Careless People: A Cautionary Tale of Power, Greed, and Lost Idealism*

© Sarah Wynn-Williams, 2025

Primera edición publicada en Estados Unidos en 2025 por Flatiron Books,
un sello de Macmillan Books

Primera edición publicada en el Reino Unido en 2025 por Macmillan,
un sello de Pan Macmillan

Algunos nombres han sido cambiados.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: julio de 2025

© de la traducción del inglés Gemma Deza Guil y Ana Camallonga Claveria, 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Impresión y encuadernación: Egedsa

Depósito legal: B. 11.302-2025

ISBN: 978-84-1100-400-8

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

<i>Prólogo</i>	13
1. Una esperanza ingenua	21
2. Vender la revolución	35
3. Esto va a ser divertido	50
4. <i>Auf Wiedersehen</i> a todo eso	63
5. El libro rojo	67
6. ¿Qué defendemos?	73
7. Haz que lo pase bien	84
8. Sin margen de crecimiento	93
9. Lady McNugget	112
10. Solo buenas noticias	124
11. Viaje por carretera	137
12. El cuerpo	143
13. Síndrome de Estocolmo	150
14. Cinco colonos y un multimillonario en <i>Catan</i>	153
15. Una simple petición	163
16. Tú sigue conduciendo	170
17. Morir con las botas puestas	175
18. Señal de alarma	182
19. PAC-Man	193
20. Doblegarse ante el autócrata	198
21. El tiempo de los multimillonarios	206

22. Los Juegos del hambre para el 0,001 por ciento	212
23. Tenemos que asegurarnos de que esta cosa vuele»	225
24. Horario de California	235
25. Teleñecos y monseñores	238
26. La Malvada Bruja del Oeste	252
27. Técnicas de lucha callejera	256
28. Vayamos adelante y acostémonos juntas	266
29. Ciudadano Sánchez	275
30. Cara de póker	278
31. Una historia conmovedora	284
32. Qué no esperar cuando se está esperando	291
33. ¿De verdad tenemos que hablar de eso?	303
34. Las elecciones de Facebook	311
35. Enfadado con la verdad	317
36. Rosebud	339
37. Un hombre del pueblo	351
38. Que coman pasteles	356
39. El Club de la Lucha Feminista de Facebook	362
40. Saludos desde Pekín	368
41. Nuestro socio chino	374
42. Con todos mis respetos, senador	381
43. Muévete rápido e infringe la ley	389
44. Segmentación emocional	403
45. El pez empieza a oler mal por la cabeza	411
46. Myanmar	419
47. No tenía por qué haber sido así	438
48. Solo negocios	450
<i>Epílogo</i>	453
<i>Agradecimientos</i>	461

Una esperanza ingenua

Fue el idealismo lo que inicialmente me condujo a Facebook. Visto en retrospectiva, me avergüenza un poco admitirlo. Corría el año 2009, cuando aún era posible ser optimista con respecto a Facebook, aquellos días inocentes en los que todavía podían albergarse esperanzas sobre internet.

Cuesta confesar que querías «salvar el mundo» sin ponerlo entre comillas, pero eso es lo que yo creía haber estado haciendo desde mediados de mi veintena. Durante aquellos años, fui diplomática por Nueva Zelanda en las Naciones Unidas.

Me crie en Christchurch, una población de servicios agrícolas, la ciudad más grande de la Isla Sur, aproximadamente del tamaño de Lincoln, Nebraska. Para que te hagas una idea de cómo es vivir allí, cada noviembre hay un festivo que todos llamamos el Día del Espectáculo, durante el cual toda la ciudad sale a ver ovejas y hortalizas y se organiza una fiesta con perros y carreras hípicas mientras el alcohol corre a raudales. Me encantaba el Día del Espectáculo.

Éramos cuatro hermanos. Yo era la mayor. Y la responsable. Tuve una infancia bastante normal, supongo, salvo por la vez que me atacó un tiburón.

Tenía trece años cuando pasó. Estábamos de vacaciones en una playa en la que mi familia acampaba cada año. Estaba en el agua, de pie, con una amiga. No lo vi. Lo noté: una fuer-

za poderosa e inesperada. El ataque de un tiburón es como si te clavarán un cuchillo acoplado a un tren de mercancías. Nunca he notado un dolor tan punzante como el de sus dientes hundiéndose más y más en mi carne.

Cerró las mandíbulas alrededor de mi torso, justo por encima de mi cintura, por el lado derecho. Parecía querer meterse dentro de mí, clavarse cada vez más hondo, como si pretendiera arrancarme el estómago, llevarse ese trozo de mí. Estaba atrapada. Empezó a zarandearme como un perro a un peluche, adelante y atrás, intentando meterme bajo el agua. Me sumergió una vez, luché por hacer pie, luego me hundió una segunda vez, y una tercera. Esa última vez empecé a tragar agua del océano y me vino a la mente un pensamiento: «Ah, está intentando ahogarme. Podría ahogarme». Me refiero a que yo pensaba que, cuando te ataca un tiburón, mueres por el ataque, pero entonces se abrió ante mí una nueva manera de morir que no había contemplado. Me tenía en su boca, apretada entre sus dientes, bajo el agua. Necesitaba tomar aire desesperadamente.

Entonces se me activó el instinto animal. Lo arañé, le di patadas, puñetazos, intenté apartarlo con los brazos, hice todo lo que pude para escapar. Era como un combate mano a mano. Intenté con todas mis fuerzas sacar la cabeza del agua.

No sé lo que hice, pero bastó para asustar al tiburón. Me soltó y se fue.

Me dirigí como pude a la orilla y envié a mi amiga en busca de ayuda. Tenía el traje de baño hecho jirones. Miré hacia abajo y vi dos grandes heridas punzantes y que me faltaba un trozo de piel. No estaba ahí. Me salía sangre. Me preocupó que la sangre atrajese otra vez al tiburón, o a otros tiburones, así que caminé a trompicones por el agua lo más rápido que pude. Una vez que llegué a la orilla, me desplomé y me quedé allí tirada, sola, notando cómo manaba la sangre, el escozor del agua salada, el agujero en mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo llevaba ahí cuando aparecieron unos pescadores.

—¿Estás bien?

Saltaba a la vista que no. Pero el otro problema es que se me veía todo; el tiburón me había arrancado un trozo de bañador y estaba prácticamente desnuda. Y tenía trece años. Así que intenté decirles que sí, que estaba bien, con la esperanza de que se fueran. Pero me respondieron con un...

—Vaya, pues no lo parece.

A lo que yo respondí:

—Estoy bien. No se preocupen, ya me las apañaré. Ustedes sigan a lo suyo.

Quizá fuera por la sangre, o por el bañador hecho trizas, pero no los convencí.

—Vamos a sacarte del agua.

Yo seguía diciéndoles que estaba bien, pero, en un momento dado, sencillamente dejaron de negociar conmigo, levantaron mi cuerpo semidesnudo y me llevaron a la orilla. Me moría de vergüenza. Me habría gustado que me tragara la tierra. Para mi espanto, empezó a formarse una muchedumbre en la playa. Llegaron mis padres y me metieron en el asiento trasero del coche. La playa está en un lugar remoto de Nueva Zelanda y no hay ningún hospital cerca. Nos dirigimos a la población más cercana, a unos veinte minutos por carretera.

No había hospital, de manera que tuvimos que llamar al doctor local para que abriera su consulta, un edificio pequeño de una sola planta. Una vez dentro, todo el mundo parecía aliviado, como si el problema hubiera pasado. Casi se respiraba un ambiente jovial mientras mi padre y el médico hablaban de críquet y de los planes para el fin de semana. Mi padre le explicó emocionado que el día anterior intentamos reflotar a unas ballenas que habían quedado varadas en una playa cercana, y que yo me hice cargo de dos ballenatos a los que apoda-

mos Moby y Maybe, aunque no sabíamos si el más pequeño conseguiría sobrevivir. Nadie parecía tener prisa. Nadie me preguntó qué había pasado. El doctor limpió la herida, estiró la piel de alrededor de las marcas de las mandíbulas y la cosió, de manera que ya no parecía que me faltaba un trozo. Me puso la inyección del tétanos y advirtió a mis padres de que esa noche podría montar un poco de drama porque podría estar en *shock*, pero les aseguró que me pondría bien. Era evidente que soy una luchadora. Todo el mundo se rio.

Regresamos al campamento. Me permitieron dormir en la furgoneta en lugar de con mis tres hermanos bajo el toldo que tenía acoplado porque sentía dolor, cosa previsible, según nos había dicho el médico a mis padres y a mí, un dolor leve a causa de los puntos. Enseguida me di cuenta de que no era un dolor leve. Era mortificante. Empecé a vomitar sangre y unos coágulos densos, oscuros y pegajosos que parecían granos de café y que supongo que eran de la pared del estómago, pero no sé nada acerca del cuerpo humano. Saqué un gran cubo de plástico rojo para vomitar en él y no ensuciar la autocaravana.

Nos fuimos todos a la cama, pero yo no conseguía dormir. Cada vez estaba peor. Tenía la sensación de esta quemándome. Esperé, procurando no hacer ruido para no despertarlos a todos. Al cabo de un rato, el cubo rojo estaba lleno y vomité en otro. El dolor era insoportable.

Al final, desperté a mis padres.

—Me quemo. Noto que me quemo por dentro.

—Venga, vuelve a dormirte. Te pondrás bien.

La situación se repitió a lo largo de la noche: despertaba a mis padres y ellos me respondían que el médico había dicho que me pondría bien. Todos averiguamos más tarde lo que me estaba pasando. El tiburón me había perforado los intestinos en varios puntos, como si me hubieran dado varias puñaladas. La sangre y el contenido de mi intestino se estaban filtrando en mis tripas, y, básicamente, me estaba envene-

nando. Tenía sepsis, una peritonitis aguda. Al final, había tanto líquido sanguinolento tóxico que se desbordaba por el interior de mi cuerpo y me penetró en los pulmones, lo cual hizo que cada vez me resultase más difícil respirar. Tenía la sensación de estar asfixiándome.

Volví a despertar a mis padres.

—No puedo respirar. No puedo respirar. No me entra el aire.

Mi madre, cansada de que la despertase, me respondió con voz autoritaria:

—La mente sobre la materia. Deja de hiperventilar.

Su frase se ha convertido en una especie de chiste familiar. Ahora, cada vez que alguien menciona algo, un resfriado, un corte o una apendicitis, todos respondemos: «La mente sobre la materia. Deja de hiperventilar».

Después sabremos que se me había colapsado el pulmón izquierdo debido a un edema pulmonar. Y que tenía el derecho dañado.

Por la mañana, me di cuenta de que estaba perdiendo la capacidad de seguir adelante.

Desperté a mis padres otra vez y les dije:

—Me estoy muriendo.

Pero no conseguí convencerlos. Y mi vida dependía de hacerlo. No tenía ningún plan B. No sabía conducir. Y no tenía teléfono propio. Estábamos en 1993.

A la mañana siguiente, cuando mi familia se despertó y empezó a preparar el desayuno, yo apenas conseguía inhalar aire suficiente para respirar. Los ojos se me quedaban en blanco. Mi madre me explicó después que cuando me ve el blanco de los ojos tiene la sensación de que la tierra se la está tragando. Entonces sí que me creyó. Y quiso llevarme corriendo al médico.

El problema era que mi padre había desaparecido en combate. Completamente ajeno a lo mal que lo estaba pasan-

do, se había llevado el coche para enseñarles a unos pescadores los restos de mi bañador con la esperanza de poder identificar qué tipo de tiburón era y, sospecho, con la esperanza también de que fueran a cazarlo.

Cuando regresó, nos subimos al coche. Para entonces, con un pulmón colapsado y fluido acumulándose rápidamente en el otro, tuve que poner toda mi concentración en inhalar y exhalar suficiente aire. Iba tumbada bocabajo en el asiento trasero mientras nos abríamos camino hacia la población más cercana. Por primera vez, dudé de si iba a poder seguir haciendo lo que estaba haciendo para mantenerme con vida.

Por su parte, mi padre no parecía tener ninguna prisa. Le encanta pescar. Juro que cada vez que atravesábamos un puente notaba que aminoraba la marcha para escrutar el río en busca de peces, como hace siempre. Desde el asiento de atrás, mi madre lo apremiaba.

Nos quedamos parados detrás de un granjero que estaba arreando a sus ovejas en un pequeño puente, algo bastante común en Nueva Zelanda. No había tenido en cuenta este factor en mis cálculos de «cuánto tiempo voy a tener que seguir así hasta llegar al médico» y perdí el control por completo. Empecé a perder la consciencia. Era como despegar en un avión. Me sentía bien, ingrávida, sin dolor. Caí flotando en la inconsciencia, donde no hay sufrimiento. Pero luché por volver en mí. Yo pensaba: «Tengo que regresar».

Finalmente llegamos a la población. Volvimos a la misma consulta del doctor que les dijo a mis padres que me pondría bien. Para entonces ya no era capaz de hablar ni de moverme, y mi consciencia iba y venía. Mi padre me trasladó al interior y el médico del día anterior se nos acercó. «Este tipo no», pensé mientras me colocaban sobre una mesa. Él y otros dos médicos se agolparon a mi alrededor para examinarme, me punzaron por aquí y por allá y, de repente, se alejaron abruptamente para hablar con mis padres en un rincón. Uno de

ellos dijo algo que no fui capaz de discernir con claridad, pero que sonaba a «se está muriendo» o «está muerta».

Mi padre aulló:

—Era mi hija favorita.

Saboreé sus palabras por un momento. Tengo dos hermanas. Me moría de ganas de decírselo. Siempre lo había sospechado. Entonces mi madre se lamentó:

—¡Como el gato!

Porque nuestro gato, Winkels, se había muerto recientemente, de manera prematura. Como el gato. Brutal.

Después de eso, mi padre se enfadó muchísimo y empezó a gritarles a los médicos que hicieran algo, que averiguasen qué había salido mal.

Lo siguiente que recuerdo es que el médico regresó. Sacó una cuchilla muy grande, como un hacha en miniatura, y empezó a golpearme con ella, a trincharme el brazo izquierdo. Luego hizo lo mismo en el derecho. Como si yo fuera un filete de carne que estuvieran abriendo a machetazos. Sin anestesia. Sin advertencias. Ya había superado el punto en el que tenía cualquier control sobre mi cuerpo. No podía moverme ni hablar. No podía dar ninguna alarma.

Pensaba que el ataque del tiburón era el dolor más intenso que una persona podía soportar, lo peor que podía sucederte. Me equivocaba.

El médico se recolocó cerca de mi tobillo y dejó caer la cuchilla con fuerza, escindiendo la piel y clavándome la hoja hasta el hueso. ¿Por qué me abría los tobillos el médico? La única explicación que se me ocurría es que creyese que yo ya estaba muerta. Estaba experimentando mi propia autopsia. Reviví el terror mortal que había sentido durante el ataque del tiburón, la sensación de que podría morir en cualquier momento. Y con dolor. Muerta a machetazos. ¿Es más raro morir de un ataque de tiburón o por una autopsia? ¿Llegarían a saber siquiera que me habían matado? El miedo me asfixia-

ba mientras anticipaba que el siguiente hachazo sería en mi cuello, en el cráneo, o en cualquier otra parte vulnerable, el golpe definitivo.

En lugar de eso, el siguiente machetazo impactó en el hueso de mi tobillo. Era tan doloroso que mi cuerpo empezó a sufrir espasmos. Eso suscitó un cambio en la sala, como si volvieran a verme como una persona, en lugar de como un objeto inanimado. Se dieron cuenta de que estaba viva. Alguien llamó a un helicóptero para que me trasladase a un hospital.

Más tarde supe que no era una autopsia. Sabían que estaba viva. Había perdido tanta sangre que los médicos creían que si no me transfundían sangre intravenosa de inmediato, moriría. En casos de trauma severo en los que es imposible encontrar una vena porque la presión sanguínea es mínima, el procedimiento de emergencia estándar consiste en rajar los brazos o los tobillos. Por eso tengo cicatrices de dos centímetros y medio en brazos y piernas (son relativamente sutiles, en comparación con las cicatrices que me dejaron los dientes del tiburón en la barriga). No había tiempo para ponerme anestesia ni para explicaciones. No creo que los médicos esperaran que sobreviviera. De hecho, cuando me subieron al helicóptero, no creo que nadie lo esperara. Más tarde, tras horas de cirugía, los doctores del hospital les dijeron a mis padres que tenía muy pocas probabilidades de sobrevivir. Y empezaron los preparativos de mi funeral.

Días después me desperté del coma en una unidad de cuidados intensivos (UCI). Oí a una enfermera llamar a mi madre mientras asimilaba lentamente dónde estaba.

Mi madre se inclinó sobre mí, me miró a los ojos y me dijo:

—¿Qué suerte has tenido de que los médicos te hayan salvado, ¿no?!

No podía hablar porque estaba conectada a un sistema de soporte vital y tenía puesto un ventilador que me ayudaba a respirar. De manera que le indiqué con mímica que me acer-

case un papel y un boli. Establecí contacto visual con ella para asegurarme de que me estaba mirando mientras escribía de manera lenta y deliberada, subrayando con una raya negra gruesa cada palabra para darle más énfasis:

ME HE SALVADO YO SOLITA.

Creo que no soy capaz de explicar en cuántos sentidos me cambió esta experiencia, pero como mínimo pienso que me hizo más atrevida. Al menor atisbo de una posible aventura, me pregunto: «¿Me lanzo?». Y me lanzo.

Volví a obligarme a entrar en el mar, en la misma playa, a la misma hora del día, un año después. No quería renunciar a nadar en el océano durante el resto de mi vida. Me gustaba demasiado. En suma: me repuse.

Me pasé los años de la adolescencia divirtiéndome, cantando en grupos de música, saliendo con otra gente a quien le gustaba la música, pero, por algún motivo, no dejaba de preguntarme por qué me pasó a mí. Si había sobrevivido contra todo pronóstico, seguramente tenía que haber un motivo. Cada vez que alguien me decía que era afortunada de haber sobrevivido, yo pensaba: «¿No debería estar haciendo algo con esta vida? ¿Dedicarme a cambiar el mundo de alguna manera? ¿Cómo se hace eso?».

En la Facultad de Derecho, las materias que más me atraían eran los derechos humanos y los tratados ambientales internacionales, posiblemente porque estaba convencida de que de ese modo podía aportar mi granito de arena. En Nueva Zelanda es fácil tener la sensación de estar en el fin del mundo. Vamos un huso horario por delante del resto del planeta, pero, en cierta manera, estamos rezagados. Todo lo definen otros países. Es fácil sentirse a la deriva en un mar que crean otras personas. Tras licenciarme como abogada, acabé incorporándome al Servicio de Extranjería, porque me pa-

recía una manera de cambiar el mundo, y me apetecía vivir una aventura. Y acabé en las Naciones Unidas porque creía sinceramente que eran la sede del poder mundial, el lugar al que se va cuando se quiere cambiar el mundo. Todo lo cual revela que era joven, neozelandesa y muy ingenua.

¿De qué me ocupaba en las Naciones Unidas? De proteger muchas cosas: la biodiversidad, los océanos, las ballenas y las especies en peligro de extinción. Del cambio climático.

Al principio, lo disfruté muchísimo. Me encantaba indagar en los grandes problemas mundiales que traspasan fronteras, asuntos en los que solo puede hacerse mella mediante la cooperación internacional. Pero tras años de negociaciones infinitas y de debates que no parecían derivar en demasiados cambios en el mundo real, me descubrí en las entrañas de la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, un laberinto sin ningún encanto de salas de reuniones estrechas, con mobiliario barato y decoración pasada de moda, soportando otra sesión extenuante hasta altas horas de la noche sobre la conservación de la vida en los océanos. Estábamos esbozando el informe anual sobre la ley del mar, decenas de abogados sentados en círculo, y los delegados debatían, literalmente, sobre la puntuación. Sé que es un cliché, pero lo es por un motivo. Los abogados noruegos, rusos y chinos discutían acaloradamente sobre si había que insertar un punto y coma o una coma después de una palabra en un párrafo del meollo de un documento que nadie se leería nunca.

Había entablado una amistad improbable con el diplomático argentino de edad avanzada que tenía sentado al lado. Durante una pausa en el procedimiento, se inclinó hacia mí y me dijo como si tal cosa:

—¿Sabes qué es lo que más impacto ha tenido en la protección de los océanos durante la última década?

—No es fácil responder a eso —repliqué yo—. ¿Se refiere a una reunión de las Naciones Unidas? —aventuré.

Se rio.

—No. Nemo.

Pensando que «Nemo» era una palabra en español que yo desconocía, me reí también, para seguirle la corriente, sin acabar de entender a qué se refería.

—El pez —añadió—. Ese pececillo que tienen que encontrar.

—¡Ah! —Finalmente caí en la cuenta—. *Buscando a Nemo*.

Tuve que conceder que tenía razón. El sistema no funcionaba. Estaba malgastando mi veintena trabajando durante largas horas con una colección de burócratas cincuentones en el ocaso de su carrera, discutiendo por la puntuación mientras nos decíamos que estábamos salvando el medioambiente. Cuando te das cuenta de que el dibujo animado de un pececillo puede conseguir más que las Naciones Unidas, es momento de marcharte.

Yo conseguí un empleo en la embajada neozelandesa en Washington D.C., con el que esperaba estar más cerca del lugar en el que se toman decisiones importantes concernientes al mundo entero. Washington me parecía el epicentro del mundo. Lo más divertido de aquel trabajo fue la cantidad de veces que varios funcionarios estatales me comentaron: «¡Caramba, hablas muy bien inglés!». Nunca tuve ánimo para confesarles que era mi lengua materna. Me limité a aceptar su cumplido.

La embajada era una delegación minúscula, de solo ocho diplomáticos, y yo era responsable de todo lo que el Congreso o cualquier organismo gubernamental estadounidense pudiera hacer que afectara a Nueva Zelanda, salvo lo relacionado con el Ejército o los servicios de inteligencia. No tardé en averiguar que los políticos y las autoridades estadounidenses consideran Nueva Zelanda un lugar inofensivo al que les gustaría ir de vacaciones, pero irrelevante para los asuntos internacionales. Así era como nos veía todo el mundo. En 2008,

después de que el presidente de Zimbabue Robert Mugabe se negara a abandonar su cargo tras una derrota electoral, el Departamento de Estado convocó a diplomáticos de muchos países a su sede en Foggy Bottom para coordinar una respuesta. Mientras me dirigía a aquella reunión, le leí en voz alta las instrucciones a mi homóloga sudafricana; estaban escritas en un telegrama que mis jefes me habían enviado indicándome que Nueva Zelanda debía adoptar una postura de liderazgo en la oposición a Mugabe. Mi colega casi se ahoga de la risa.

—¡Claro! Seguro que, tras décadas de gobierno despótico, Mugabe estará temblando de miedo... ¡Nueva Zelanda va a adoptar una postura de liderazgo en la oposición!

Más tarde, a principios de 2009, tuve lo que solo puedo describir como una epifanía de Facebook. Empezó siendo poca cosa. Facebook fue una tabla de salvación para mí, una manera de conectar con las cosas que yo consideraba importantes. En Washington D. C., seguía sintiéndome como una forastera y, además, me sentía un poco perdida. Iniciar sesión en Facebook era como ir a un lugar nuevo pero familiar en el que mis amigos, mi familia y retazos de mi vida anterior continuaban. Facebook existía desde 2004 y, en aquel momento de 2009, unos 400 millones de personas lo utilizaban en todo el mundo. Todavía era un traje a medio hacer y muchos seguían considerándolo un lugar en el que los universitarios perdían el tiempo..., precisamente eso fue lo que lo convirtió en una locura. Apremié a mis hermanas, a mi hermano y a mis amigos que aún no tenían cuenta a registrarse. Pasaba cada vez más tiempo en Facebook, viendo la evolución de los bebés recién nacidos de mis amigos, cómo se entablaban nuevas relaciones y viejas fotos de mi hogar en Christchurch. Observé que algunos políticos asomaban la nariz. Recuerdo ver las fotografías de vacaciones de un político neozelandés, imágenes de él con sus hijos de recreo, y también recuerdo lo novedoso que me parecía todo aquello. Y luego vi a mi amigo en

la vida real Chris Hipkins, que acababa de ser elegido miembro del Parlamento, respondiendo a sus votantes directamente en su perfil de Facebook.

A mediados de 2009, mientras desempeñaba mi trabajo en la embajada, mi fascinación por Facebook evolucionó en una creencia inquebrantable en que aquella plataforma iba a cambiar el mundo. Pero siempre que intentaba explicar por qué estaba convencida de ello, fracasaba. Y lo que es aún peor, sonaba como una majadera.

La red se estaba abriendo al mundo. Parecía evidente que la política iba a ocurrir en Facebook y, cuando lo hiciera, cuando migrara a este nuevo y enorme punto de encuentro, Facebook y las personas que lo dirigieran estarían en el epicentro de todo. Ellas serían quienes dictarían las reglas de esta conversación global. Me anonadaba aquel potencial inenarrable.

La vastedad de la información que Facebook recopilaba no tenía precedentes. Datos sobre todo. Datos de lo que hasta entonces había sido completamente privado. Datos de ciudadanos de todos los países. Una cantidad histórica de datos con un valor incalculable. Y la información es poder.

Llegado el momento, los Gobiernos querrían controlarlo. Yo había visto en las Naciones Unidas cómo todo aquello que traspasa las fronteras, que es valioso y afecta a muchos países suscita preguntas como «¿quién se lleva el gato al agua?». Lo había visto, sobre todo, en relación con la tecnología. Cuando los organismos genéticamente modificados se generalizaron, las Naciones Unidas quisieron imponer reglas a escala mundial para regular esta nueva tecnología que tanto miedo daba. Trabajé en tratados que intentaban fijar esas normas, determinar quién obtenía los beneficios, quién se encargaba de gestionar los riesgos y quién pagaría si algo salía mal.

Y Facebook iba a ser algo mucho más grande, sobre todo para las vidas de los políticos —y las de su electorado— que unos cultivos alterados genéticamente. Imaginaba la escala de

la batalla mundial que estaba convencida de que iba a librarse para fijar sus límites.

Tras años buscando algo que fuera a cambiar el mundo, tenía la sensación de haber hallado lo más relevante. Como una evangelista, veía el poder de Facebook confirmado en cada aspecto de mi vida diaria. Lo que fuera que Facebook decidiera hacer —lo que hiciera con las voces que se estaban congregando allí— cambiaría el curso de los acontecimientos humanos. Estaba convencida de ello.

Esto es una revolución.

¿Y qué se hace cuando se ve venir una revolución? Yo decidí que nada me impediría formar parte de ella. Quería estar en el meollo de la acción. Una vez que la ves venir, no puedes quedarte al margen. Me moría de ganas de formar parte de ella. No recuerdo haber deseado nunca nada tanto.

Pero había un problema. Nadie en Facebook parecía pensar así. Por lo que pude ver, Facebook se había concebido como un modo de hacer perder el tiempo a los usuarios en internet. Facebook no era consciente de ser una fuerza explosiva a punto de destrozarse y rehacer las políticas en todo el mundo. Ni siquiera parecía tener a gente trabajando en temas políticos, en legislación o en relaciones con Gobiernos fuera de Estados Unidos, ni en ninguno de los temas que me a mí me carcomían. No parecían saber que la revolución estaba en camino y que Facebook era esa revolución.

Así que, ¿cómo los convencía de ello? Nunca había estado en Silicon Valley. Nunca antes había identificado una revolución o una nueva forma de hacer política, y yo era lo que solo puede describirse como una neozelandesa del montón. Así que..., ¿cómo me las ingeniaba para contactar con la gente de dentro de Facebook y convencerla de que siguiera mi consejo? ¿Cómo los persuadía de que me dieran un empleo?

Esa fue la meta que me marqué.